

encarnando no sólo los ideales defendidos desde el krausoinstitucionismo, sino los de la propia República como sinónimo de la democracia⁴. Incluso tras la muerte de Franco, los últimos republicanos “históricos” basaron su regreso a España y su posible acción política en las ideas sobre la nación, el Estado, la democracia o el pueblo que, realmente, hundían sus raíces en el largo recorrido de los debates del liberalismo progresista y demócrata del siglo XIX, unido precisamente al republicanismo demoliberal y reformista de inicios del XX⁵. Se unían,

de este modo, a todo lo que Manuel Suárez Cortina es capaz de sintetizar en *El león dormido* magistralmente, ofreciendo al lector una visión de conjunto que, como señalamos al inicio de esta reseña, sólo es posible tras décadas de investigación y reflexión históricas y, por lo demás, sin dejar de prestar atención al debate historiográfico; se recurre a los trabajos clásicos y, por otro lado, a las nuevas aportaciones que suman, como estratos, nuevas miradas y aproximaciones al conocimiento científico.

JESÚS MOVELLÁN HARO

4 Véase Jesús MOVELLÁN HARO, “Democracia res-publicana: la idea de democracia del republicanismo liberal durante el inicio de la reforma política en España (1975-1977)”, *Historia del Presente*, 32 (2/2018), p. 157-168.

5 Sobre los referentes teóricos de los últimos republicanos “históricos” españoles, véase

Jesús MOVELLÁN HARO, *Los Últimos de la Tricolor: republicanos y republicanismo durante la transición hacia la democracia en España (1969-1977)*, Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria, 2021.

URÍA RODRÍGUEZ, Ignacio, **Viento norte. La primera ocupación militar norteamericana de Cuba (1899-1902)**, Madrid: Instituto Franklin-Catarata, 2021, 189 p., ISBN: 9788413523279.

Esta investigación, realizada por un joven profesor de la Universidad de Alcalá, se centra en la primera ocupación de Cuba por los Estados Unidos, entre 1899 y 1902, tras la guerra contra España por la cual nuestra nación perdió definitivamente el dominio sobre Puerto Rico, las islas Filipinas y la perla del Caribe. Casi cuatro años en los que la potencia norteamericana la convirtió en un semiprotectorado, pues el acuerdo alcanzado entre Madrid y Washington –conocido por el tratado de París– no reconoció la

independencia cubana, imponiendo una ocupación militar sin fecha de finalización. La base documental de este estudio abarca fondos del Archivo Vaticano, de archivos americanos –Biblioteca del Congreso, Archivos Nacionales, Universidad de Harvard, entre otros–, españoles –Archivo Histórico Nacional– y, lógicamente, isleños como el Archivo Nacional de Cuba. Este libro resulta también interesante para los investigadores en relaciones internacionales de nuestro país pues esta ocupación también afectó a

España como actor secundario.

Una vez expulsada la autoridad de Madrid, resultó entonces que los aliados en la guerra de 1898 no lo eran tanto. Cuba era un plato demasiado apetecible –por el azúcar y tabaco sobre todo– como para dejárselo a los isleños, por lo que no se produjo una rápida evacuación de fuerzas militares que, de ayuda en el proceso de independencia, pasaron a ser observadas como elementos de ocupación, aunque también para mantener el orden público.

Como se analiza en el primer capítulo (“John Brooke y el limbo jurídico, 1899”), los norteamericanos anunciaron su apoyo a un futuro Estado independiente cubano cuando la isla tuviera un gobierno firme y estable, capaz de mantener el orden público y cumplir sus obligaciones externas e internas. Pero, en opinión del presidente McKinley, era necesaria la presencia de sus tropas y armada. Todo ello formaba parte de una estrategia de control del mar Caribe, geoestratégicamente fundamental para los Estados Unidos. Para los cubanos no les quedó más remedio que un serio pragmatismo, aceptando un lento regreso a la normalidad civil y participando en la creación de un sistema de partidos políticos y sindicatos, bajo la atenta mirada del gobernador John Brooke.

Poco a poco, comenzó la reestructuración del país e institucional, tan necesaria para la modernización del país, pero también para el logro de su independencia. A través del capítu-

lo segundo (“Entre Washington y la nada”), el autor nos revela las diferentes tendencias entre los norteamericanos a la hora de abordar esa modernización y estructuración política de Cuba, así como las disímiles corrientes políticas insulares que –provenientes de la lucha armada– trataron de acelerar lo más posible la independencia, aunque finalmente aceptaran el calendario norteamericano.

De cara a celebrar elecciones municipales, generales y a la presidencia fue necesario realizar un censo general en 1899, afrontar la legalidad de los sindicatos, promover el desarrollo de la red de ferrocarril y la guardia rural. El autor analiza las reformas educativas que trataron de modernizar la estructura heredada, el proceso constituyente que se concretó en la carta magna de 1901, las elecciones presidenciales que ganó un candidato conservador, Tomás Estrada Palma, previas al final de la ocupación militar.

Cabe subrayar como interesante el estudio sobre los acuerdos de indemnización a la Iglesia católica por la desamortización de sus bienes en el siglo XIX, mientras se construía un Estado y educación laica (pp. 81-89). Resalta este hecho –que evitó problemas internos graves al naciente Estado cubano– en comparación con la mitificada Segunda República española y su política antirreligiosa, así como en las diferentes maneras de actuar de las logias masónicas cubanas y las españolas. A partir de entonces, el crecimiento del catolicismo en la isla sería un hecho.

Numerosos españoles tuvieron que quedarse en la isla, por sus negocios o por falta de dinero para volver a la península, por lo que su aportación a la sociedad y economía isleña resultó fundamental. En consecuencia, estos emigrantes o residentes tuvieron que posicionaron políticamente, tema que se analiza igualmente, a través de su prensa y de sus centros de sociabilidad.

Sin embargo, pese a esta modernización acelerada, Estados Unidos se negó a la independencia hasta que no controlara la política exterior de

Cuba, ofreciendo un tratado de reciprocidad comercial a cambio, lo que sin duda facilitó –con alto coste– la independencia final de la isla, cuando todavía los Estados Unidos controlaban las islas Filipinas. ¿Por qué Washington no planteó la anexión? Uría baraja diferentes respuestas que dejo para el lector interesado en este tiempo en el que la democracia llegó del Norte como un viento poderoso, pero también amenazante.

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL